

El Alcázar del Castillo de Chapultepec

El Museo Nacional de Historia mantiene en su interior la división fundamental entre el Castillo y el Alcázar. Aunque en sentido estricto ambos términos significan lo mismo, el tiempo y la museografía han preferido utilizarlos para identificar dos áreas que han desempeñado funciones diferentes en la historia del edificio. En el Alcázar se ha conservado el sentido residencial que le otorgaron los gobernantes: sus recámaras y salones recrean ambientaciones de época que remiten a la vida cotidiana de quienes aquí vivieron “para mostrar —en palabras de los fundadores del Museo— un escenario de profundas reminiscencias por el paso en él de personajes hondamente burilados en el bronce de la Historia”.

Un paseo por el Alcázar evoca no sólo la vida de aquellos dignatarios, sino los sucesos históricos e influencias artísticas que experimentó el país a lo largo del siglo XIX y los primeros decenios del XX.

Salón de carruajes

Este espacio se destinó, en otros tiempos, para cochera o salón de carruajes del Castillo. La sala sirve ahora también como ingreso al Alcázar y está flanqueada por dos murales de Antonio González Orozco: *Juárez, símbolo de la República contra la Intervención Francesa*, realizado en 1972, y la *Entrada triunfal de Benito Juárez al Palacio Nacional acompañado de su gabinete*, de 1967. En las paredes de la sala figuran asimismo un par de retratos ecuestres excepcionales: *El archiduque Maximiliano de Habsburgo*, pintado en 1865 por Juan Antonio Beaucé, y *El general Porfirio Díaz*, obra firmada por José Cusachs en 1901.

Al triunfo de la República

Durante los años de lucha contra el Segundo Imperio para hacer prevalecer la República, y una vez consumado el fusilamiento de Maximiliano de Habsburgo, el presidente Benito Juárez entró a la Ciudad de México el 15 de julio de 1867 a bordo de esta calesa. El carruaje, que más tarde fue de uso personal del presidente, fue fabricado en París y decorado con el Escudo Nacional mexicano y motivos de inspiración prehispánica.

El carruaje de uso diario de Maximiliano y Carlota fue más tarde utilizado para el servicio del presidente Benito Juárez; para ello, los escudos imperiales que adornaban sus puertas fueron reemplazados por las armas republicanas.

Carroza de gala de los emperadores Maximiliano y Carlota

La casa de Cesare Scala de Milán, Italia, elaboró hacia 1864 este carruaje de gala que acompañó a Maximiliano en su viaje a México y que fue utilizado en contadas ocasiones durante su estancia en el país.

La carroza, de estilo barroco, está decorada con molduras de plata y bronce, esculturas de niños y ángeles, escudos imperiales y el lema “Equidad en la justicia”.

Sala Introductoria

Un siglo de definiciones

Cien años transcurrieron entre la Guerra de Independencia y el inicio de la Revolución Mexicana. El siglo XIX fue para el país un duro periodo de formación, en el que se afianzaron sus ideales liberales y progresistas.

De entre la multitud de eventos que tuvieron lugar en aquel siglo sobresalen tres decisivos: en 1846-1848, la pérdida de la mitad del territorio como resultado de la invasión estadounidense, que definió el actual perfil geográfico de México; más tarde, con la victoria de Benito Juárez sobre Maximiliano en 1867, el país entró de lleno en la senda republicana y constitucional. Por último, el Porfiriato, de 1876 a 1911, significó el reconocimiento internacional del país y el impulso inicial de su modernización económica. Como escenario de todos estos acontecimientos, el Castillo de Chapultepec siempre tuvo un papel relevante.

Durante el gobierno de Maximiliano Habsburgo, las mujeres aún lucían faldas amplias, cuyo vuelo respondía a la suma de varias prendas empleadas a la vez: pantaloncillos al tobillo, enaguas de franela, refajo a la rodilla y falda almidonada.

Los habitantes del Castillo

La historia del Castillo de Chapultepec se remonta a la época novohispana, cuando los virreyes Matías y Bernardo de Gálvez iniciaron la construcción de una mansión de descanso, en la cima del Cerro del Chapulín, entre 1785 y 1787. El Castillo fue adaptado hacia 1840 como sede del Colegio Militar, fundado el 24 de febrero de 1822. Con este carácter soportó el asedio de las fuerzas norteamericanas durante la invasión de 1847. Más tarde fue habilitado como residencia del presidente conservador Miguel Miramón y de los emperadores Maximiliano de Habsburgo y Carlota Amalia de Bélgica. Luego, al triunfo de la República, el torreón conocido como Caballero Alto y varias de sus habitaciones dieron albergue al Observatorio Astronómico. El presidente Manuel González inició hacia 1882 las obras de adaptación de la que sería la residencia presidencial veraniega. Porfirio Díaz utilizó el Castillo como casa de descanso, y los gobernantes del periodo revolucionario lo adoptaron como casa familiar y sede de oficinas de gobierno. Finalmente, en 1939 el presidente Lázaro Cárdenas lo entregó al pueblo de México para albergar al Museo Nacional de Historia.

Liberales y conservadores

A mediados del siglo XIX, aún se discutía el programa político y económico que permitiría organizar a la República y asegurarle un crecimiento sano y estable. Tomaron forma entonces dos proyectos alternativos cuyos defensores no dudaron en recurrir a las armas para demostrar su superioridad.

El proyecto liberal pugnaba por erigir una república federal, formada por estados autónomos, que se consolidara con un sistema democrático; proponía asimismo separar las funciones del Estado y la Iglesia, así como alentar la economía sobre la base de un mercado libre. El programa conservador, por su parte, creía necesario el establecimiento de un gobierno central vigoroso, que pudiera mantener el orden mediante el respeto a las propiedades y a tradiciones e instituciones del pasado. La confrontación entre liberales y conservadores mantuvo al país sumido en luchas internas y expuesto a la intervención extranjera

Los deberes del gobernante

Las fuerzas conservadoras del país encontraron un motivo de regocijo en la instauración de una monarquía, pues confiaban en que ésta traería a México los beneficios de un vigoroso gobierno central que devolvería a los terratenientes y al clero sus privilegios arrebatados por las Leyes de Reforma.

Para sorpresa de sus partidarios, Maximiliano prometió implantar un gobierno “sabiamente liberal” bajo la divisa de “Equidad en la justicia”. Algunos de sus actos como gobernante contrariaron a sus promotores: confirmó las leyes juaristas, se enemistó con la iglesia católica y asignó comisiones oficiales a los generales conservadores en el extranjero, para alejarlos de México. Al mismo tiempo se impuso como obligación establecer un ambiente de respeto absoluto a la figura de la Corona. Con todo ello, sus antiguos promotores comenzaron a retirarle su apoyo.

Maximiliano mantuvo la imagen del águila y la serpiente sobre el nopal como su emblema, a la que se agregó una corona real. Las varas de mando en plata y bronce —a las que se retiró la corona que tuvieron en otro tiempo—, fueron símbolos de autoridad de los alcaldes y proceden del Ayuntamiento de la Ciudad de México.

El gobierno de Maximiliano

Agobiado por la carga económica que significaba para el país su deuda pública con el extranjero, el presidente Benito Juárez decidió anunciar la suspensión temporal del pago de la misma. Los gobiernos de Inglaterra, España y Francia respondieron a su decisión con el envío de tropas de intervención.

Sólo el gobierno francés —alentado por la idea de obtener grandes riquezas de México y de frenar el dominio de Estados Unidos sobre el continente— persistió en su acción militar, y recibió con agrado las sugerencias de un puñado de conservadores mexicanos de establecer un régimen imperial en México. Maximiliano, archiduque de Austria, resultó el candidato ideal para el trono. El 10 de abril de 1864, en una habitación del castillo de Miramar, en Trieste, Italia, Maximiliano aceptó la corona de México y, antes de partir a este país, encargó un servicio de mesa para su futura residencia.

Maximiliano y Carlota

Maximiliano, hijo de la casa austriaca de Habsburgo, fue el primer descendiente de los Reyes Católicos en cruzar el Atlántico y pisar suelo americano; Carlota, de ascendencia Sajonia Coburgo, era hija de Leopoldo I, rey de Bélgica.

Ambos fueron educados para gobernar, y encontraron en la propuesta del trono de México una oportunidad para colmar sus ambiciones de poder. Contaban con el apoyo financiero y militar de Francia, que deseaba frenar el avance de Estados Unidos sobre el continente y apropiarse de las riquezas de México, y con la promesa del partido conservador, en el sentido de que el país los esperaba con los brazos abiertos. Al llegar a México en 1864, a bordo de la fragata *Novara*, Maximiliano tenía 31 años de edad y Carlota 24.

Maximiliano acorralado

A mediados de 1866, a sólo dos años de su llegada a México, la posición de Maximiliano alcanzó un momento de extrema dificultad, determinada por la situación interna del país y las relaciones entre las potencias extranjeras. Las fuerzas republicanas, que consideraban a Maximiliano un usurpador, avanzaban sobre la capital; los conservadores, irritados por su política liberal, mantenían una frágil alianza con su gobierno a fin de mantener sus fueros y privilegios. La presión de Estados Unidos y Prusia sobre Francia obligó al emperador Napoleón III a retirar el ejército francés del territorio mexicano y a suspender su ayuda financiera. Consciente de la gravedad de su situación, Maximiliano decidió enfrentar con honor su destino: tras un prolongado sitio en Querétaro, fue derrotado, juzgado y fusilado en el cerro de las Campanas el 19 de julio de 1867.

El triunfo de la República

El fin del gobierno de Maximiliano significó la victoria de quienes se opusieron a la injerencia extranjera y el golpe final al programa político conservador. A la cabeza de ese movimiento de resistencia estuvo siempre la figura del presidente Benito Juárez.

Nunca más abandonaría México el orden republicano. La entrada victoriosa de Juárez a la capital del país, el 15 de julio de 1867, simbolizó el

ingreso de México a la senda del liberalismo político y económico y la independencia definitiva: México nacía de nuevo. La noche anterior, que el presidente pasó entre los muros del Castillo de Chapultepec, escribió una de las frases que lo inmortalizaron: “Entre los individuos, como entre las naciones, el respeto al derecho ajeno es la paz”. Las loas y honores llegaron de todos los rincones de la República Restaurada, así como de otros países, entre ellos Colombia, que lo nombró “Benemérito de las Américas”.

Ambiciones de un liberal

En el escenario de luchas militares y políticas que se dibujó en la segunda mitad del siglo XIX, la figura de Porfirio Díaz fue adquiriendo cada vez mayor relevancia. Combatiente incansable contra las fuerzas conservadoras, la Intervención Francesa y el imperio de Maximiliano, Díaz fue el encargado de tomar la capital del país para la causa republicana.

Las jóvenes generaciones de liberales, que habían visto satisfecho su ideal de instaurar el orden constitucional, deseaban ahora un régimen de paz y progreso que trajera consigo el bienestar material de la población. Porfirio Díaz enarboló esa bandera, y contendió por la Presidencia en 1867. De nuevo en 1871, en ambas ocasiones sin éxito, hasta que en 1876, enarbolando el principio del “Sufragio libre, Constitución de 1857”, enfrentó el intento de reelección del presidente Sebastián Lerdo de Tejada; apoyado en la fuerza de las armas. Ganó la silla presidencial, pero en poco tiempo olvidó sus ideales antirreeleccionistas. Con sucesivas modificaciones a la Constitución, consiguió reelegirse en 1884 y mantenerse a la cabeza del Poder Ejecutivo hasta 1911.

El militar estadista

Asesorado por los más brillantes pensadores de su época, el presidente Díaz buscó establecer un régimen de paz. Se congració con la iglesia católica, obtuvo el reconocimiento internacional de su gobierno y, cuando lo consideró necesario —muy a menudo—, combatió a sangre y fuego las rebeliones de sus adversarios.

El programa porfirista se basaba en el fortalecimiento de la economía y en el mantenimiento del orden social. A lo largo de los treinta años del porfiriato, el paisaje nacional adquirió un nuevo rostro de prosperidad en el que

se integraban ferrocarriles, fábricas, cultivos de exportación, bancos, comercios, electricidad, telégrafos, puertos, instrucción pública y actividad cultural. A los ojos del mundo y del país, don Porfirio Díaz había sido un padre enérgico, pero generoso, que conducía a sus hijos al camino del progreso... un progreso desigual que enriqueció a pocos y mantuvo a muchos alejados de sus beneficios.

Adiós a don Porfirio

Durante la primera década del siglo XX se multiplicaron las voces de crítica al régimen de Porfirio Díaz: estallaron huelgas obreras, rebeliones indígenas y levantamientos campesinos junto con manifestaciones de protesta que fueron acalladas y reprimidas mediante el uso de la fuerza.

Tras la aparente estabilidad política del Porfiriato se escondían la injusticia, la desigualdad, el hambre, el despojo y la ignorancia en que vivía la mayor parte de la población mexicana. Al acercarse las elecciones de 1910, Francisco I. Madero se presentó como candidato del Centro Antirreeleccionista, y alrededor de su figura se organizó el movimiento social que rechazó la séptima reelección del presidente. Con el fin de evitar “seguir derramando sangre mexicana”, Díaz renunció a su cargo en mayo de 1911. A bordo del trasatlántico alemán *Ipiranga*, Porfirio Díaz partió del puerto de Veracruz con rumbo a Europa. La Revolución apenas iniciaba.

En este estuche de cuero identificado con el monograma de Porfirio Díaz (formado por sus iniciales entrelazadas), el presidente guardaba los implementos que lo acompañaban en sus viajes: frascos de cristal para perfumes y lociones, artículos de baño y afeitado, cepillos para ropa, una libreta con pluma y una pequeña licorera.

Los logros de la Revolución

El gran ciclo histórico que se inició con la Guerra de Independencia, concluyó su etapa de definiciones con la lucha armada de la Revolución, en la que las mayorías expresaron su necesidad de gozar de los beneficios del desarrollo nacional.

El movimiento de la Revolución Mexicana logró integrar en los programas económicos y políticos del país, así como en la Constitución federal

de 1917, las necesidades de los sectores populares, campesinos y obreros. Estos eran la educación laica y gratuita, el reparto agrario y derechos laborales, entre otros. Pero serían necesarios muchos años más para conseguir la pacificación total del territorio y para que los nuevos preceptos tomaran cauce. Se iniciaba el largo camino para hacer realidad los grandes cambios por los que había clamado la Revolución.

La cultura al alcance de todos

El bosque de Chapultepec y sus alrededores constituyen el centro cultural por excelencia de la capital. Chapultepec es sede de los más importantes museos de Antropología, Historia, Arte Contemporáneo, Historia Natural y Tecnología del país, y cuenta con un parque zoológico de renombre internacional. Además de los establecimientos permanentes, las plazas, explanadas y avenidas del bosque suelen ser foro de representaciones escénicas, actos musicales y exposiciones que convierten un paseo por sus rincones en un sorprendente y continuo encuentro con la cultura.

Sala de lectura

Maximiliano en Miravalle: Fernando Maximiliano José fue el segundo hijo del príncipe Francisco Carlos, hijo de Francisco, emperador de Austria. Como varón de la casa de Habsburgo, Maximiliano fue educado bajo el lema de la familia: "*Austria est imperare orbi universo*" -Austria imperará sobre todo el universo-. En su juventud, Maximiliano se desempeñó como oficial de la Marina de Guerra y luego fue nombrado gobernador general de Lombardía y Venecia. En el puerto de Trieste, Maximiliano construyó el castillo de sus sueños al que llamó Miramar. Cuando conoció Chapultepec, decidió llamar Miravalle a su nuevo palacio, en cuyas terrazas podría dedicarse a leer y escribir tanto decretos y otras disposiciones como su correspondencia oficial y personal.

Este espacio en otros tiempos...

Observatorio • Habitación del segundo astrónomo • 1877

Residencia presidencial (Manuel González) • Sala de billar • 1882

Residencia presidencial (Porfirio Díaz) • Sala de billar • 1906

Residencia presidencial (Abelardo Rodríguez) • Billar • 1932

Manantiales y acueductos

En la ladera norte del cerro, frente al túnel del elevador, y sobre la actual avenida Chapultepec, subsisten los restos de dos antiguos acueductos virreinales que alimentaron de agua potable a la Ciudad de México hasta finales del siglo XIX. Al pie del cerro, relatan los cronistas españoles, brotaban manantiales de agua “tan clara y tan linda que daba gran contento”. Ya los dirigentes mexicas habían construido un canal elevado para llevarla a Tenochtitlan. La arcada que ocupó su lugar, de casi cuatro kilómetros de longitud, concluía en la fuente del Salto del Agua.

Los antiguos palacios

Hay quien dice que Moctezuma Ilhuicamina —otros que el rey tezcocano Nezahualcóyotl, arquitecto, filósofo y estadista— fue el primer gobernante que construyó en Chapultepec un palacio para su residencia. Los virreyes de Nueva España también edificaron una mansión de recreo en el corazón del bosque, junto a sus manantiales, y las crónicas de la época ubican en sus solares escenas de cacería y corridas de toros a las que asistía la nobleza virreinal. El destino de aquel palacio fue desafortunado: abandonada la construcción, quedó inhabitable al explotar una vecina fábrica de pólvora hacia 1784; al año siguiente, se decidió levantar en la cima del cerro al nuevo palacio, justo en el sitio donde había estado ubicada, desde el siglo XVI, una ermita dedicada a San Miguel Arcángel.

Sala de juego

Las horas de ocio: Al margen de los asuntos de Estado, los habitantes de la residencia buscaban momentos de esparcimiento y diversión. En el Alcázar, los gobernantes mataban el tiempo con una partida de boliche o de billar, o sostenían con sus invitados un encuentro de naipes o de ajedrez. Los tapices que adornan la sala representan personajes dedicados al juego del trompo, el balero, el bádminton y los bolos. Fueron realizados en Francia y regalados por Napoleón III a Maximiliano con motivo de su cumpleaños, que se celebraba el 6 de julio.

Este espacio en otros tiempos...

Observatorio • Habitación del segundo astrónomo • 1877

Residencia presidencial (Manuel González) • Sala de “tresillo” (cartas) • 1882

Residencia presidencial (Porfirio Díaz) • Saloncito de juegos • 1906

Residencia presidencial (Abelardo Rodríguez) • Sala de juego • 1932

Fumador

Reuniones de sobremesa: En esta sala, amueblada y decorada con piezas de procedencia china, japonesa y de la Compañía de Indias holandesa, el humo del tabaco y el espíritu del licor creaban una atmósfera propicia para discutir las cuestiones que ocupaban las mentes de los invitados a la residencia presidencial. Tras compartir una mesa abundante, mientras las mujeres se retiraban a tratar asuntos domésticos y a comentar las noticias de sociedad, los hombres solían reunirse a resolver los problemas de sus negocios y de los destinos del país.

Este espacio en otros tiempos...

Observatorio • Habitación del segundo astrónomo • 1877

Residencia presidencial (Manuel González) • Sala de fumar • 1882 Residencia presidencial (Porfirio Díaz) • Fumador • 1906

Residencia presidencial (Abelardo Rodríguez) • Salón fumador • 1932

Comedor

El gobernante a la mesa: Compartir el alimento significa integrar al invitado en el ámbito familiar y es común que los momentos relevantes de la vida individual se celebren con un convite a la vez íntimo y festivo. Al presidir la mesa, el gobernante hace gala de su generosidad y refuerza su carácter de padre de familia.

La chimenea y los aparadores de este comedor —de cedro, caoba, metal y mármol— fueron realizados por el artista Pedro Téllez Toledo por órdenes del presidente Díaz, quien encargó la decoración del salón al escultor Epitacio Calvo.

Los muebles están coronados por el monograma de la República Mexicana. Se exhiben elementos del servicio de comedor de Maximiliano, de plata Christofle, así como piezas de cristalería pertenecientes a Porfirio Díaz.

Este espacio en otros tiempos...

Observatorio • Habitación del segundo astrónomo • 1877

Residencia presidencial (Manuel González) • Comedor • 1882

Residencia presidencial (Porfirio Díaz) • Comedor • 1906

Residencia presidencial (Abelardo Rodríguez) • Comedor • 1932

En los sótanos de esta ala se encontraban las cocinas y áreas de servicios domésticos.

Un sitio estratégico

Desde la cima de la colina de Chapultepec se domina el variado paisaje de la cuenca de México: al Norte, la sierra de Guadalupe; al Oriente, la extensa Sierra Nevada, que culmina en las cumbres blancas del Iztaccíhuatl y del Popocatepetl; al Sur, la sierra del Ajusco y al Poniente la Sierra de las Cruces, que parece acercarse en las lomas de Tacubaya y de Santa Fe. En tiempos antiguos, el sol se reflejaba en las aguas de los grandes lagos que hoy han quedado cubiertos por el avance de la Ciudad de México. La ubicación privilegiada de Chapultepec en este paisaje ha sido, sin duda, una de las causas de su preeminencia en la historia de la capital y del país.

Antecomedor

Tras bambalinas: Además de sus ocupantes ilustres, el Alcázar albergó a decenas de sirvientes cuyas labores hicieron posible el funcionamiento de las instalaciones y la atención de las necesidades de sus habitantes. Día tras día, desde tempranas horas de la mañana, en los sótanos y en la planta baja del edificio se daban cita ayudantes de cámara, personal de limpieza y mantenimiento, amas de llaves, cocineros, lavanderas y meseros, cuyos nombres carecen de lugar en los libros de historia. A los costados de esta sala, una escalera y un montacargas hacían llegar las viandas desde la cocina, ubicada en el sótano, hasta la mesa del comedor que ocupa este nivel.

Este espacio en otros tiempos...

Residencia de Maximiliano • Cocina • 1866

Observatorio • Habitación del director • 1877

Residencia presidencial (Manuel González) • Antecomedor • 1882

Residencia presidencial (Porfirio Díaz) • Antecomedor • 1906

Residencia presidencial (Abelardo Rodríguez) • Antecomedor • 1932

El Paseo de la Reforma

Cuando Maximiliano de Habsburgo decidió habitar en el Castillo en 1864, el lugar se comunicaba con la Ciudad de México sólo por las calzadas de Chapultepec y de la Verónica. Para agilizar el traslado hacia su residencia, en el centro de la capital, su gobierno adquirió el terreno necesario para abrir el Paseo del Emperador, que iniciaba a la entrada del bosque y remataba en la glorieta del monumento ecuestre del rey Carlos IV de Borbón, conocido como "El Caballito". El después nombrado Paseo de la Reforma fue adornado hacia 1875 con arboledas, prados, glorietas y bancas por órdenes del presidente Sebastián Lerdo de Tejada; desde entonces, ésta es una de las avenidas más representativas de la capital.

El cerro sagrado

A la llegada de los conquistadores españoles, Chapultepec era considerado un sitio sagrado, donde era propicio invocar el favor de los dioses. Las antiguas tradiciones señalan que a la sombra de sus árboles se abría un pasaje a los mundos subterráneos, y que a orillas de sus manantiales se realizaban sacrificios a las deidades del agua. Las fuentes históricas coinciden en que el primer Moctezuma, Ilhuicamina, "El Flechador del Cielo", labró su retrato y el de su hermano Tlacaelel en una roca y que aquí mandó enterrar, junto con un inmenso tesoro, a algunos miembros de su noble familia. De aquellos retratos sobreviven algunos relieves en la ladera oriente del cerro.

La maquinaria del progreso

El programa económico del Porfiriato, resumido en el lema "Orden y Progreso", buscaba integrar a México en la senda del crecimiento industrial combinado

con un moderno sistema de comunicaciones y transportes. Díaz sostenía con auténtico orgullo los logros de su gestión.

Al interior de su residencia en el Castillo de Chapultepec, Porfirio Díaz hizo gala de modernidad en la instalación de dos elevadores, uno eléctrico, fabricado en Francia, con caja de acero y vidrio, que comunicaba las cocinas con las dos plantas de habitaciones y salones; el segundo, impulsado mediante energía hidráulica, comunicó desde 1896 la base del cerro con el primer piso y el jardín del Alcázar.

Fuera de casa, la búsqueda de progreso se tradujo en el impulso a ferrocarriles, telégrafos, carreteras, puentes, escuelas y hospitales, así como a la actividad fabril, generadora de riqueza para sus propietarios e inversionistas.

Escalera Interior

La comodidad del hogar: La apertura de esta escalera durante el periodo de gobierno del presidente Manuel González (1880 a 1884), contribuyó de forma notable a convertir el Alcázar en una residencia cómoda con espacios accesibles. Las habitaciones del presidente y su esposa, ubicadas en el piso superior, se comunicaron mediante esta escalera con las salas de recepción y el comedor localizados abajo. La escalera de los leones se reservó al recibimiento de los invitados, mientras que las escalinatas del esbelto torreón sureste y de detrás del comedor se utilizaron para la circulación de la servidumbre. La circulación entre las dos plantas y el sótano se complementó con un elevador eléctrico, para uso exclusivo del presidente y su familia.

Este espacio en otros tiempos...

Residencia de Maximiliano • Salón de billar (parcial) • 1866

Observatorio • Dirección del Meteorológico • 1877

Residencia presidencial (Manuel González) • Escalera • 1882

Residencia presidencial (Porfirio Díaz) • Escalera particular • 1906

Salón de los gobelinos

Nostalgia por Europa: Al evocar las tradiciones familiares, las casas nobles de Europa demostraban su abolengo y enriquecían sus estancias con obras de arte y piezas de fino diseño. En este salón, los retratos de Maximiliano y

Carlota, realizados por Albert Graefle en 1865, están acompañados por los de los monarcas franceses Napoleón III y su esposa Eugenia de Montijo, que fueron sus tutores.

El propio Napoleón III obsequió a Maximiliano la sala de madera de avellano estilo Luis XV, en cuyas tapicerías de gobelino de Aubusson se reproducen escenas de las fábulas escritas por Jean de La Fontaine. Los pianos, uno francés y otro inglés, pertenecieron a Maximiliano y a su esposa.

Este espacio en otros tiempos...

Residencia de Maximiliano • Habitaciones de empleados y guardarropa • 1866

Observatorio • Habitación del director • 1877

Residencia presidencial (Manuel González) • Habitación del ama de gobierno • 1882

Residencia presidencial (Porfirio Díaz) • Sala baja • 1906

Salón de Té

Carlota en Chapultepec: Según el ceremonial de la corte, Carlota gozaba de la compañía de varias damas elegidas entre las familias más notables de México. Durante su estancia en Chapultepec, fundó casas de beneficencia para las clases menesterosas, organizó recepciones y convivió con sus damas, pero no dejó de participar de forma activa en los asuntos políticos del país. Cuando Maximiliano viajaba al interior, dejaba las riendas del gobierno en manos de Carlota, quien presidía los consejos, daba audiencia a los ministros, recibía a los embajadores en los salones oficiales y dictaba órdenes e instrucciones. Cuando los problemas de su gobierno se agravaron, ella decidió acudir a las cortes europeas y al papa Pío IX en busca de ayuda, que no consiguió.

Este espacio en otros tiempos...

Residencia de Maximiliano • Habitaciones de empleados • 1866

Observatorio • Habitaciones del director • 1877

Residencia presidencial (Manuel González) • Recámara • 1882

Residencia presidencial (Porfirio Díaz) • Boudoir, salón privado • 1906

Residencia presidencial Abelardo Rodríguez) • Salón • 1932

Recámara de Carlota

La recuperación del palacio: Entre las distintas residencias de Maximiliano estaban el Palacio Imperial (hoy Nacional), el de Chapultepec y la Quinta Borda, en Cuernavaca. Cada una de ellas fue decorada con tapices, alfombras, vajillas y ornamentos europeos cuya adquisición significó gastos excesivos para las arcas personales y públicas. Cuando Maximiliano abandonó la Ciudad de México previendo el fin de su gobierno, a finales de 1866, ordenó el desmantelamiento de sus palacios. Se inició entonces una larga historia de pérdidas y reencuentros. La recámara francesa de estilo *Bouille* que aquí se muestra, fue adquirida por el presidente Manuel González, quien la creyó perteneciente a Carlota. La cama de latón de Maximiliano y otros objetos fueron parte del mobiliario abandonado en el Castillo tras su muerte.

Este espacio en otros tiempos...

Residencia de Maximiliano • Habitaciones de empleados • 1866

Observatorio • Habitación del director • 1877

Residencia presidencial (Manuel González) • Recámara • 1882

Residencia presidencial (Porfirio Díaz) • Recámara azul • 1906

Residencia presidencial (Abelardo Rodríguez) • Recámara de Carlota • 1932

Gabinete de Aseo

Hábitos de salud y limpieza: Las intenciones del gobierno de Maximiliano de “situar a México en los adelantos de la civilización” lo llevaron a renovar los servicios públicos, entre los que se hallaban los ductos de agua potable —que sustituirían al popular “aguador”, quien cargaba el agua de las fuentes públicas a todos los rincones de la ciudad—, el desagüe del Valle de México, el empedrado de calles y su iluminación con gas. En aquel entonces, para bañarse se utilizaban tinas o artesas con el auxilio de aguamaniles y jofainas. En el Alcázar, adonde el agua llegaba desde los manantiales del cerro a lomo de mula o en carretas, Maximiliano y Carlota contaban cada uno con un gabinete para su aseo e higiene personal.

Este espacio en otros tiempos...

Residencia de Maximiliano • Habitación de la dama de cámara • 1866

Observatorio • Habitación del director • 1877

Residencia presidencial (Manuel González) • Gabinete de aseo • 1882

Residencia presidencial (Porfirio Díaz) • Baño • 1906

Residencia presidencial (Abelardo Rodríguez) • Baño • 1932

Sala de Estar

La educación de una princesa: María Carlota Amelia, princesa de Bélgica, tenía diecisiete años cuando casó con Maximiliano. Proveniente de una familia de reyes (su prima Victoria era soberana de Inglaterra), fue educada con esmero en los principios de la religión católica, la ciencia, el arte y la política. Antes de viajar a México, estudió con detenimiento la historia y las descripciones del país que se habían publicado en Europa, y su interminable curiosidad sobre las costumbres locales irritaba a sus damas de compañía mexicanas, educadas para la vida en el hogar. Lejos de preocupaciones domésticas, en sus momentos de retiro Carlota pensaba en cómo gobernar el territorio y educar a sus habitantes.

Este espacio en otros tiempos...

Residencia de Maximiliano • Guardarropa • 1866

Observatorio • Habitaciones del director • 1877

Residencia presidencial (Manuel González) • Recámara • 1882

Residencia presidencial (Porfirio Díaz) • Salón • 1906

Residencia presidencial (Abelardo Rodríguez) • “Salón Chino” • 1932

Los alrededores de la antigua capital

Durante largo tiempo, la Ciudad de México guardó una sana distancia del cerro del Chapulín; la localidad más cercana era la pequeña villa de San Miguel de Chapultepec, un conjunto de casas agrupadas en torno al acueducto de Belén. Durante el Porfiriato, el bosque estaba aún rodeado por grandes ranchos, como el de Anzures (otorgado siglos atrás a la Malinche), Polanco, La Teja, y las haciendas de los Morales y de la Condesa, propiedad esta última de la familia Escandón; esos nombres son los de las colonias que desde la década de 1930 ocuparon sus terrenos. En 1934, el presidente Lázaro Cárdenas trasladó la

residencia presidencial del Castillo de Chapultepec a la cercana hacienda de La Hormiga, que desde entonces se conoce como Los Pinos.

Los cadetes heroicos

Una de las más amargas experiencias de la joven nación mexicana fue, sin duda, la guerra con Estados Unidos entre los años 1846 y 1848, cuando el país vio ocupada su capital por el ejército norteamericano y perdió más de la mitad de su territorio.

Después de muchas batallas en el norte y centro del país, ocho mil soldados estadounidenses se apostaron frente al Colegio Militar de Chapultepec, defendido heroicamente por los estudiantes del Colegio y por el Batallón de San Blas. La sangrienta toma del Castillo, que tuvo lugar el 13 de septiembre de 1847, significó la victoria del invasor, cuya bandera ondeó al día siguiente sobre el Palacio Nacional.

Salón de Acuerdos

Un castillo para el museo: Lejos de traer tranquilidad al país, la salida de Porfirio Díaz rumbo a Europa, en mayo de 1911, no pudo evitar la prolongación de la Revolución Mexicana, que dio origen al Estado mexicano moderno. Los presidentes siguieron ocupando el Castillo como residencia y transformaron a su gusto las fachadas y habitaciones. En este salón los gobernantes recibían a los miembros de su gabinete para discutir y resolver los asuntos públicos. El presidente Lázaro Cárdenas trasladó su casa oficial a Los Pinos y entregó el Castillo al pueblo de México, en 1939, para que en él se estableciera el Museo Nacional de Historia, que abrió sus puertas en 1944.

Este espacio en otros tiempos...

Observatorio • Habitaciones del meteorólogo • 1877

Residencia presidencial (Manuel González) • Secretaría particular • 1882

Residencia presidencial (Porfirio Díaz) • Acuerdos del señor presidente • 1906

Residencia presidencial (Abelardo Rodríguez) • Salón de acuerdos • 1932

Antesala de Acuerdos

Los presidentes y sus acuerdos: Una visita de trabajo a la casa presidencial debió reservarse sólo para los asuntos más urgentes de la vida pública; la mente inquieta de quienes esperaron en esta sala para entrevistarse con el mandatario encontraba un sitio de descanso en la amplitud de la terraza y en el perfil de las montañas del valle que se dominan desde este sitio.

El éxito del pabellón del México porfiriano presentado en la Exposición Internacional de París de 1889, profuso en decoraciones que evocaban las culturas prehispánicas, fue un buen ejemplo de la nueva moda nacionalista en la que proliferaron las iconografías mayas y aztecas. Tal estilo se manifiesta en objetos artísticos y decorativos como el óleo "*Moctezuma recibe a los mensajeros*" de Adrián Unzueta (1893), y en los muebles de inspiración maya realizados ya en el siglo XX.

Este espacio en otros tiempos...

Observatorio • Habitaciones del meteorólogo • 1877

Residencia presidencial (Manuel González) • Huéspedes • 1882

Residencia presidencial (Porfirio Díaz) • Sala del teléfono • 1906

Residencia presidencial (Abelardo Rodríguez) • Sala de espera • 1932

En memoria de los héroes

La defensa heroica del Colegio Militar frente a los invasores estadounidenses en 1847, se conmemora con tres monumentos que rodean al Castillo. El más antiguo de ellos, inaugurado en 1881, se encuentra en la ladera Este del cerro y fue diseñado por el ingeniero Ramón Rodríguez Arangoity, alumno y defensor del Colegio durante la invasión. En el jardín Poniente del Castillo se levanta un segundo monumento a los "Niños Héroes", con esculturas de Ignacio Asúnsolo, quien lo concluyó en 1924. Finalmente, el hemiciclo en mármol que guarda el Altar a los Defensores de la Patria, inaugurado en 1952, fue realizado por el escultor Ernesto Tamariz.

Escalera de los Leones

En 1878, al ampliarse la terraza del Castillo para adaptar sus instalaciones al Observatorio Astronómico, Meteorológico y Magnético Nacional, se abrió en este sitio un nuevo acceso a la planta alta, en donde se ubicarían los instrumentos científicos de la institución.

Más tarde, por iniciativa de Porfirio Díaz, aquel acceso fue transformado en concordancia con la dignidad de la casa presidencial: se construyó así una nueva escalera, realizada en mármol blanco con pasamanos de latón. Años después, hacia 1915, la escalera fue remodelada por instrucciones del presidente Venustiano Carranza; el acceso al jardín quedó resguardado por vitrales emplomados, obra del pintor Saturnino Hernán y a partir de entonces, el tramo central quedó flanqueado por las esculturas de leones que le dan su nombre actual.

Sala de la Batalla de Chapultepec

La invasión norteamericana

El Castillo de Chapultepec fue escenario de uno de los capítulos más sensibles en la historia de México: la batalla final de la guerra entre México y Estados Unidos a mediados del siglo XIX. La invasión tuvo su origen en el interés de Estados Unidos por extender su espacio nacional a costa de las tierras norteñas mexicanas y dominar, incluso, el litoral del Océano Pacífico. Apoyados en la doctrina “Destino Manifiesto” los estadounidenses, como pueblo elegido, buscaron consolidar su poderío en el continente, pues la expansión territorial era considerada condición indispensable para su desarrollo económico.

Teniendo como antecedentes el apoyo a la separación de Texas y su posterior anexión a los Estados Unidos, en 1846 el Congreso estadounidense declaró la guerra a México, argumentando la invasión ilegal del Ejército Mexicano en su territorio. Los enfrentamientos armados culminaron con el asalto al Castillo de Chapultepec el 13 de septiembre de 1847. Un año más tarde, en 1848, se firmó el tratado de Guadalupe Hidalgo, mediante el cual se cedieron los territorios al norte del Río Bravo. Muchos fueron los mexicanos civiles y militares que perdieron la vida durante la invasión, de algunos sabemos sus nombres, pero muchos más permanecen en el anonimato; todos ellos, sin embargo, forman parte de nuestra memoria.

El Colegio Militar

El antecedente del establecimiento del Colegio Militar se remonta a 1822, cuando se creó la denominada “Academia de Cadetes”; su primer director fue el general de división Diego García Conde. Un año después se fundó en Veracruz una Academia Militar y en 1827 se dio la orden para trasladarla a la Ciudad de México, donde funcionó en edificios inadecuados, hasta que se decidió ubicarla en el Castillo de Chapultepec.

Pero fue hasta 1844 cuando se conoció la noticia de la refundación del Colegio Militar en ese lugar. En su nuevo edificio, la institución continuó formando oficiales para todas las armas del ejército y proporcionó instrucción profesional en algunas materias como geografía y astronomía.

Al iniciarse la guerra con Estados Unidos, el general Juan N. Almonte, ministro de Guerra y Marina, anunció el restablecimiento de la clase de cadetes en los cuerpos de infantería y caballería del ejército mientras durara la guerra.

El general José Mariano Monterde asumió la Dirección del Colegio Militar y la Comandancia del punto de Chapultepec; inmediatamente procedió a proyectar los trabajos de reforzamiento de los edificios: mandó construir un parapeto en los lados sur y poniente de la Plaza de Armas, una batería en el ángulo suroeste de la misma plaza, un campo de tiro y un reducto para la guarnición, utilizando para esto la torre del observatorio astronómico.

Para el año de 1847, el llamado Castillo de Chapultepec estaba constituido por una parte residencial o sea el Alcázar que comprendía una serie de locales (sala, comedor, recámaras, etc.) adosados al macizo rocoso de la meseta...

También contaba con un observatorio astronómico que era una torre, la cual se hallaba situada en la cima del cerro casi al centro del espacio limitado por las construcciones del Alcázar.

El Colegio Militar, edificación de dos pisos, ocupaba el costado norte de la meseta, dejando toda la parte sur de ésta para formar una Plaza de Armas, cuyo edificio comprendía diversos locales (dirección, aulas, dormitorios, etc.).

Miguel Sánchez Lamego

Entrada del ejército estadounidense a la Ciudad de México

El general Winfield Scott emprendió con su ejército el avance hacia la Ciudad de México y, al llegar a sus inmediaciones en agosto de 1847, determinó entrar por el sur, hacia Tlalpan.

Por su parte, el alto mando militar mexicano decidió organizar la defensa y fortificar las principales entradas de la ciudad. Para tal fin se concentraron las fuerzas disponibles del ejército regular y las guardias nacionales de la ciudad.

La primera batalla se libró en el rancho de Padierna, el 19 de agosto, en donde el ejército mexicano sufrió infinidad de bajas. El 20 de agosto los estadounidenses atacaron el convento de Churubusco y las tropas nacionales, comandadas por el general Pedro María Anaya, resultaron vencidas por escasez de parque.

El 24 de agosto, Santa Anna recibió un oficio de Scott en el cual proponía un armisticio; la proposición fue aceptada, pero las negociaciones fracasaron por la clara tendencia expansionista de los Estados Unidos.

El 6 de septiembre, ambos ejércitos anunciaron la reanudación de las hostilidades y, dos días más tarde, tuvo lugar la batalla de Molino del Rey, en la que los invasores resultaron victoriosos nuevamente. De ahí se dirigieron a Chapultepec para asaltar el Colegio Militar.

A las tres de la tarde, el 9 de agosto, el prolongado y gemebundo clamor de la campana mayor de la Catedral anunció la proximidad del enemigo, y el clamor, como que difundía sombra y silencio de sepulcro en la ciudad estremecida.

En la noche el eco de la campana se parecía al trueno lejano que pide socorro en el naufragio... ¡Cesó el ruido de vida de las grandes ciudades!

Guillermo Prieto

Memorias de mis tiempos

Asalto al Castillo de Chapultepec

Después de las batallas de Padierna, Churubusco y Molino del Rey, la defensa de Chapultepec adquirió gran importancia, ya que el ejército invasor continuaba avanzando al centro de la capital por el rumbo de Tacubaya.

Ya desde el 27 de agosto de 1847, el general Santa Anna había nombrado comandante del punto de Chapultepec al general Nicolás Bravo, por lo que el general Mariano Monterde quedó como segundo al mando; éste

organizó grupos de soldados que, aunados a los alumnos del Colegio Militar, sumaron 832 individuos de tropa, mientras que los invasores eran más de 7 mil.

En septiembre de ese mismo año, las tropas del general Winfliet Scott asaltaron el reducto de Chapultepec. Al amanecer del día 12 se iniciaron las hostilidades sobre las garitas de Candelaria y Niño Perdido, estrategia del general Scott para distraer al ejército mexicano en tanto ordenaba el inicio del ataque al Castillo. El objetivo principal era el Alcázar, que fue bombardeado durante todo el día. Esta acción causó grandes estragos en el edificio, el cual cayó el día 13 de septiembre de 1847.

Al día siguiente, el ejército norteamericano ocupó la Ciudad de México y, a las 7 de la mañana, se izó la bandera estadounidense en Palacio Nacional.

Durante la batalla, el bosque lucía cubierto de una nube densa de humo que reposaba momentáneamente en las copas de los sabinos, estremeciéndose con el estruendo de la artillería y fusilería, como si una lluvia de rayos lo estuviera destruyendo; cubierto su delicado césped de cadáveres y moribundos; sangrienta el agua de sus fuentes, y desgajados por las bombas y la metralla los robustos troncos de sus árboles...

José María Escalante

Apuntes para la historia de la guerra entre México y Estados Unidos

Los héroes de Chapultepec

Cuando se produjo el ataque al Castillo de Chapultepec, Santa Anna dispuso que los alumnos más aventajados fueran enviados al ejército como oficiales y que los demás abandonaran el plantel; sin embargo, ellos solicitaron permanecer en el edificio y defenderlo con su propia vida. Ese día, 13 de septiembre, cadetes, jefes y oficiales defendieron el punto confiado a su custodia.

Entre los muchos héroes del Castillo destaca la figura del coronel Felipe Santiago Xicoténcatl, jefe del Batallón de San Blas, que defendió la puerta de entrada al bosque, pero fue gravemente herido y falleció. Su cuerpo fue amortajado con la bandera de ese batallón.

También murieron en la acción y cumpliendo con su deber los alumnos:

teniente Juan de la Barrera (19 años), quien falleció en su puesto defensivo al oriente del cerro; Vicente Suárez (15 años), herido en el Vigía del Mirador y que murió al día siguiente; Agustín Melgar (18 años), hecho prisionero y que, herido de gravedad, falleció pocas horas después; Juan Escutia (20 años), desempeñaba el puesto de centinela en el edificio del Colegio, el cual según cuenta la tradición, murió en los riscos del cerro al arrojarse al vacío, llevando consigo la bandera nacional; así como Fernando Montes de Oca (18 años) y Francisco Márquez (13 años), que posiblemente murieron en la Plaza de Armas.

Soneto a los que murieron

El trece de septiembre ¡cruel quebranto!
A la patria privó de sus valientes;
Admira su virtud, y si los sientes
Tribútales respeto, vierte llanto,
Pues su vida cubrió lúgubre manto
En fausta lid, cual bravos contendientes,
Y aún estando en sus años florecientes,
Recibieron la muerte sin espanto.
Imitad su valor, y su memoria
Sea por doquier de todos respetada,
Que si les fue negada la victoria
No sería porque no era merecida;
Mas no por esto se escasea la gloria
A aquel que por su patria dio la vida.

Leandro Valle

Recámara de Porfirio Díaz

Porfirio Díaz en Chapultepec: La familia presidencial tenía su residencia en la casa número 8 de la calle de La Cadena (hoy Venustiano Carranza), que ocupaba la mayor parte del año, y durante el verano frecuentaba el Castillo de Chapultepec, que fue adaptado para realizar lujosos bailes y recepciones. Desde su juventud, Porfirio Díaz mantuvo el hábito de levantarse de madrugada, realizar ejercicios de gimnasia y practicar la natación. A tempranas

horas dictaba órdenes y recibía a sus ministros en Palacio Nacional, sede oficial de la presidencia. Y cuando los asuntos públicos se lo permitían, salía de la Ciudad de México hacia Querétaro, Michoacán o Jalisco a dedicarse a una de sus diversiones favoritas: la cacería.

Este espacio en otros tiempos...

Observatorio • Altazimut y primer vertical • 1877

Residencia presidencial (Manuel González) • Secretaría particular • 1882

Residencia presidencial (Porfirio Díaz) • Habitaciones del presidente • 1906

Recámara de Carmen Romero Rubio

Un modelo de distinción: Hija de un destacado militar de corriente política adversa al presidente Díaz, Carmen, su esposa, “reunía cualidades capaces de rendir el corazón más exigente”. Educada, elegante, discreta y piadosa, doña Carmelita ganó para Porfirio la aceptación de algunos de los sectores más reacios a su gobierno. Aunque siempre cuidó de mantenerse alejada de los asuntos políticos del presidente, contribuyó a mejorar su imagen pública y no dudó en interceder a favor de los necesitados que buscaban su ayuda. Su recámara, importada de Francia como la de su esposo, refleja en su austeridad y elegancia el gusto por las modas europeas que fue adoptado no sólo en su casa, sino por las clases altas del país.

Este espacio en otros tiempos...

Residencia de Maximiliano • Recámara de Carlota • 1866

Observatorio • Dirección del Observatorio • 1877

Residencia presidencial (Manuel González) • Estudio del presidente • 1882

Residencia presidencial (Porfirio Díaz) • Saloncito • 1906

Despacho de Carmen Romero

Don Porfirio y Carmelita: Porfirio Díaz Mori, viudo, de cincuenta y un años de edad, entonces ministro de Fomento, y Carmen Romero y Castelló, de diecisiete, celebraron su matrimonio civil y religioso en noviembre de 1881, y se mantuvieron unidos hasta la muerte del general, ya en el exilio en París, en

1915. Aunque no tuvieron descendencia, con ellos vivieron los hijos de don Porfirio —Luz, Porfirio y Amada— así como algunos de sus dieciséis nietos.

Este espacio en otros tiempos...

Residencia de Maximiliano • Sala de trabajo de Carlota • 1866

Observatorio • Biblioteca y calculadores • 1877

Residencia presidencial (Porfirio Díaz) • Salón • 1906

Galería de Emplomados

Fertilidad y abundancia: En los vitrales emplomados que dan su nombre a esta galería se expresan la predilección por el arte europeo del siglo XIX y las fuentes grecolatinas en las que éste, a su vez, abrevaba. Los vitrales, fabricados en París por encargo de Porfirio Díaz hacia 1900, muestran las elegantes figuras de cinco diosas que encarnan en la mitología los atributos femeninos.

De derecha a izquierda, sus efigies son las de Pomona, diosa que patrocinaba las cosechas de frutos; Flora, cuya belleza se iguala a la de las flores que abren en primavera; Hebe, portadora del néctar divino que otorga la eterna juventud; Diana, deidad cazadora, patrona de la fertilidad y el nacimiento; y Ceres, quien preside sobre la agricultura, el grano y el amor que una madre profesa por sus hijos.

Irónicamente, las figuras escondieron a los ojos de la mayor parte de la población del país —sumida entonces en la pobreza y el desencanto— la fastuosidad de los salones interiores.

Salón de Embajadores

Las grandes recepciones: Durante la estancia de Porfirio Díaz en la Presidencia, las relaciones internacionales del país conocieron un periodo de fortalecimiento que atrajo inversiones extranjeras, consideradas necesarias para modernizar a la nación. Los salones del Castillo de Chapultepec recibieron en varias ocasiones a los diplomáticos de otros países, donde gozaban de la hospitalidad de la familia presidencial.

Esta estancia, conocida también como “Salón de Embajadores”, fue decorada al estilo francés, con elementos barrocos y neoclásicos, por el artista Epitacio Calvo. El mobiliario, de estilo Luis XVI y la alfombra —realizada por la casa Aubusson con una vista del Castillo—, fueron fabricados en Francia.

Este espacio en otros tiempos...

Residencia de Maximiliano • Salón de Carlota y Salón de billar • 1866

Observatorio • Departamento y Dirección del Meteorológico • 1877

Residencia presidencial (Manuel González) • Sala de fiestas y anexo • 1882

Residencia presidencial (Porfirio Díaz) • Gran salón • 1906

Escalera interior

La transformación del edificio: A lo largo de la historia del Alcázar de Chapultepec, sus espacios han sido objeto de múltiples adaptaciones y cambios, tanto arquitectónicos como funcionales y decorativos.

En tiempos de Maximiliano, la planta baja correspondía al área de servicio y la planta alta a las habitaciones del gobernante. Más tarde, cuando aquí funcionó el Observatorio Astronómico Nacional, se construyó una nueva zona de habitaciones en la planta baja, mientras que los aparatos científicos y las oficinas ocuparon los alrededores del jardín superior. Esta escalera de comunicación interna aparece en planos de 1882, cuando el edificio se adaptaba como residencia presidencial.

Este espacio en otros tiempos...

Residencia de Maximiliano • Habitación de la cocinera • 1866

Observatorio • Habitaciones del director • 1877

Residencia presidencial (Manuel González) • Escalera • 1882

Residencia presidencial (Porfirio Díaz) • Escalera • 1906

Residencia presidencial (Abelardo Rodríguez) • Escalera y recibidor • 1932

Despacho del presidente

Un estudio en casa: Porfirio Díaz cursó el bachillerato en el Seminario Tridentino de su natal Oaxaca, ciudad donde siguió la carrera de Leyes. A lo largo de su vida, siempre encontró momentos para la lectura y el estudio —

aunque nunca corrigió algunos errores de ortografía—. Entre los libros de su biblioteca se encontraban obras históricas y de jurisprudencia, tanto como libros en los que se exaltaban la paz y progreso alcanzados durante su gobierno.

Este espacio en otros tiempos...

Residencia de Maximiliano • Estudio de Carlota • 1866

Observatorio • Departamento Meteorológico • 1877

Residencia presidencial (Porfirio Díaz) • Salón verde • 1906

El Jardín del Alcázar

“Construir castillos con terrazas ajardinadas”, fue la definición de felicidad que Maximiliano expresó en alguna ocasión. Profundo conocedor de la arquitectura y la jardinería palaciegas de su época, y aficionado a la botánica, en la terraza del Castillo encontró un sitio para hacer realidad su sueño. Alrededor de este jardín íntimo, bordeado por corredores con techos ligeros sostenidos sobre delgadas columnas de hierro, Maximiliano escuchaba y dictaba su correspondencia. Al igual que en los palacios europeos de la época, el jardín interior se integraba visualmente a un parque exterior, aquí el bosque de Chapultepec.

Como en Pompeya

Maximiliano mostró siempre un vivo interés en alentar la producción de los artistas mexicanos. El pintor Santiago Rebull llegó a ser el favorito de la corte y a él fueron encargados diversos trabajos, como pintar los retratos de Maximiliano y Carlota, y decorar las terrazas del Castillo de Chapultepec.

Las pinturas de las Bacantes (sacerdotisas del dios romano del vino, Baco) que adornan “al estilo pompeyano” el corredor norte del jardín del Alcázar, fueron realizadas por Rebull —quien llegó a ser director de la Academia de Bellas Artes— con pintura al óleo sobre una base brillante hecha de cal y polvo de mármol. Las figuras se mueven con gracia al tocar el pandero, bailar junto a una leona o sostener una copa, una flor o un ramo de vid. Cuatro de los murales fueron pintados en 1865, y otros dos (de los que

sólo uno se conserva) fueron realizados en 1894, ya con Porfirio Díaz como presidente, cuando Rebull tenía 65 años de edad.

Desde la cima

El torreón del Alcázar de Chapultepec —conocido, según los términos de la arquitectura militar, como el Caballero Alto— fue construido en la parte más alta del promontorio natural, que se eleva unos 45 metros sobre el nivel de la Ciudad de México. En este sitio existió un templo prehispánico que fue remplazado, en el siglo XVI por una capilla dedicada a San Miguel Arcángel, demolida en el siglo XVIII. El torreón fue construido como parte del Colegio Militar hacia 1842, y en 1877 se adaptó como observatorio astronómico, coronado por una cúpula de metal y vidrio que subsistió hasta principios del siglo XX, a pesar de que el observatorio se trasladó en 1883 a su sede en Tacubaya.

Sonidos a la distancia

Al establecerse el Observatorio Nacional en el Castillo de Chapultepec, en 1878, uno de sus cuartos fue ocupado por instalaciones telegráficas que mantenían en comunicación al presidente Díaz con el resto del país. A sólo dos años de la invención del teléfono en Estados Unidos, se realizó aquí el 16 de septiembre de aquel año la primera transmisión telefónica experimental en México: la voz de Díaz se escuchó al mismo tiempo en este edificio y en Palacio Nacional, en el centro de la ciudad. Para finales del siglo XIX había en todo el territorio mexicano más de cinco mil aparatos telefónicos; el directorio de la Ciudad de México constaba entonces de ocho hojas.

El cerro del Chapulín

El nombre de Chapultepec, voz de la lengua náhuatl, es de fácil traducción: el cerro (*tepetl*) se combina con el saltamontes (*chapulín*); pero su significado parece guardar secretos sorprendentes. Quizá el sitio fue así bautizado por la abundancia de saltamontes en sus parajes, o porque, a la distancia, el perfil del cerro semeja la forma de una langosta. El nombre de Chapultepec se asocia también a sitios como éste, donde surgen manantiales, lugares donde el agua brota del suelo como los pequeños insectos. El chapulín fue, además, símbolo

de nobleza: pequeños saltamontes de oro remataban los penachos de los gobernantes aztecas. El escultor Luis Albarrán evocó el nombre del cerro en la Fuente del Chapulín que adorna la terraza sur del Alcázar.

Un bosque para el descanso

Chapultepec no es sólo el principal sitio de recreación de los habitantes de la Ciudad de México, sino también uno de los más grandes pulmones de la capital, un santuario de la historia patria y un centro cultural al que acuden visitantes de todas partes.

El diseño actual del bosque es, en gran medida, el que se realizó entre 1898 y 1910 a iniciativa de José Yves Limantour, secretario de Hacienda durante el Porfiriato. En aquellos años se pavimentaron avenidas y se abrieron calzadas y plazas; en diversos rincones del parque se construyeron fuentes, auditorios, monumentos y, entre otras muchas obras, dos lagos artificiales con lanchas de alquiler.